

Pequeña novela grande

Pedro Mairal despliega el gozo de contar

Francisco García Pérez

Esta novela tan, tan entretenida ha ganado los dos premios gordos: el de los críticos que tanto la elogian y el de los lectores que tan de boca a oreja la pasan. Bueno, también el "Tigre Juan" de 2017, en otro orden de cosas. Pero, tras haber disfrutado las tres horas que su lectura alcanza, acaso uno se pregunte en qué radica el encanto de esas páginas que lees hipnotizado. ¿En que es muy experimental? Nada de eso: sus hallazgos son (solo y nada menos) el suma y sigue del trabajo novelístico de sus antecesores hispanoamericanos. ¿Acaso en una trama intrincada y con mil vueltas? Tampoco, lo que ocurre se cuenta en un pispás: Lucas, un escritor, cruza desde Buenos Aires a Montevideo para cobrar - mejorando el cambio- unos dineros que le deben sus editores; aprovecha para ver a una antigua

semiamante; pasea la ciudad; lo atracan; charla con un amigo; vuelve; sorpresa final. Diecisiete horas en la vida de un tipo común. ¿Entonces? ¿Dónde está la chicha? Le han dicho a Mairal (1970) que su novela está escrita "de taquito", todo seguido, como si nada: se lo han dicho quienes no saben los años de trabajo y de romper folios que cuesta el conseguir "que las palabras tengan un peso". Porque las palabras y su engarce son *La uruguaya*. Ya lo anuncia el narrador cuando se fija en el "mal uso de ese gerundio" (página 13): el lenguaje es angular incluso en una narración, imprescindible manejarlo de rechupete. Fíjense ustedes en esta tirada: "Nunca me cayeron bien los médicos hombres, con ese aire de grandulones con guardapolvo, escolares crónicos con gigantismo, los bravucones peludos



La uruguaya

PEDRO MAIRAL
Libros del Asteroide
144 páginas



Pedro Mairal.

de la clase, haciéndose los serios en la consulta, usando grandes palabras anatómicas, hipersexuados, libidinosos (...), galenos con priapismo, grandes porongas doctas, reverenciadas, falos hipocráticos rodeados de conchitas dispuestas como mariposas rosadas en el aire, sátiros de blanco (...), hijos de puta, abusadores matacaballos, carniceros prepagos (...), maltratadores seriales, ladrones del tiempo y la salud"... para rematar con un individualizado "la concha de tu hermana, reverendo sorete grandilocuente". ¿Más enumeraciones a vista de cámara?: "Puestos en la calle, ropa, cinturones, maní, garrapiñada, bolsos, carteras, los árboles con hojas nuevas, unos tipos jugando al ajedrez sobre unos cajones y otros mirando, entre ellos un barrendero tomándose un descanso apoyado en la escoba, galerías De-

london, una combi con altoparlantes, acercate a nuestro local, recargá tu celular, revistas argentinas en los quioscos, ruido de tráfico pero pocas bocinas". (Como ven, la novela está escrita en argentino -y en uruguayo-, al igual que *Tres tristes tigres* lo estaba en cubano). El gozo del contar, la apoteosis de la palabra sirve para contar lo que es tener hijos ("no volvés a dormir ocho horas seguidas nunca más, tu banda sonora permanente pasa a ser La Reina Batata, para coger tenés que programar con un mes de anticipación un fin de semana sin niños, vas al cine solo a ver películas donde unos peluches hablan en mexicano, y tenés que leer catorce veces por día el librito del rinoceronte") o para resumir, con la misma gracia, la felicidad sobrevenida: "No soy peronista, pero a veces por dentro, con cara de póquer, uno grita Viva Perón". Esta pequeña (por longitud) es grande por habernos regalado un español riquísimo con donaire a espuestas. Todo está en el lenguaje: "Una vez le robaron a mi hermana dos chorros en un taxi y, cuando ella los puteó, uno le dijo al otro: ¿Viste cómo le suena el billete cuando habla? Ese salteado de las consonantes adecuadas: coacola por coca cola, caallo por caballo, ivertido divertido, too ien por todo bien, necito por necesito... Los infinitos códigos de clase". Todo.